

Medellín 28: apuntes desde la infiel memoria. Treinta años después

Blanca Luz Pulido



LA IDEA DE ESCRIBIR una especie de –recuento de recuerdos– sobre los años en que trabajé como editora en la Dirección de Difusión Cultural de la UAM (1981-1984), en la calle de Medellín 28, colonia Roma, tanto en la revista *Casa del tiempo* como en las dos colecciones de libros, se me presentó como un reto agridulce, no sólo por el tiempo transcurrido sino por todo lo que representaron para mí esos cuatro años, memorables por muchas cosas, algunas de las cuales ya he olvidado mientras que otras son ya parte tan fundamental de mí misma que ya no puedo alejarme de ellas y verlas desde afuera.

A fines de 1980 o principios de 1981, después de haber estudiado letras hispánicas en la UNAM y cursar el Programa para la Formación de Traductores de El Colegio de México, entrar a formar parte del equipo de editores de la nueva revista literaria de la UAM de la que tanto se hablaba fue para mí una suerte inmensa. Recuerdo incluso que, al ver la publicidad de la portada del primer número de *Casa del tiempo* reproducida en algún periódico, pensé de inmediato: “¡Cómo me gustaría entrar a trabajar ahí!” Poco después, una amiga de la UNAM de cuyo nombre he querido acordarme sin éxito, me presumió que conocía a “Pepe”, quien trabajaba en la revista. Pepe era, es, José Martínez Torres, en aquel momento su único editor-corrector. Su jefe y amigo, Manuel Núñez Nava, era uno de los editores más inteligentes, sarcásticos y divertidos que he conocido. El director de Difusión Cultural en ese entonces era Carlos Montemayor, de quien yo sólo había leído *Las armas secretas*. Así que allá fui una mañana, a conocerlos y saber si era posible que yo trabajara en el equipo que hacía la revista.

Sin mayores trámites, Gaby (le pondré un nombre tentativo a esa muchacha que me ayudó a lograr mi objetivo: trabajar en la revista, pues ella desempeñó un papel importante en esta historia; que me disculpe si lee estas líneas) me presentó a José y José a Manuel y, como prueba para entrar a trabajar, me pidieron una reseña y, de nuevo sin estar segura, creo que escribí algo sobre un libro de Borges (¿*Siete noches?*, tal vez. Mudanzas varias en mi vida de los últimos años han hecho que no tenga a la mano los preciados ejemplares de los primeros números de *Casa del tiempo*, donde creo que generosamente se publicó esa nota un poco después). Por entonces yo no sabía de las otras colecciones que se editaban en la Dirección: Molinos de Viento y la Colección de Cultura Universitaria. De nuevo, no puedo asegurar que el nombre de la segunda fuera exactamente ése. Pero no quiero detenerme a averiguarlo, ya que en estos apuntes quiero rescatar, de primera instancia, los recuerdos que se dejen arrastrar a ellos, sin mayores comprobaciones. Como dijo precisamente Borges, me parece, el pasado es en gran medida una invención. Lo que creímos indeleble se vuelve conjetural con el tiempo.

Sin embargo, fuera de las conjeturas, la modernización de las instalaciones arrasaría con el tiempo el blanco patio soleado de esa amplia casa que había sido adaptada para oficina, con excepción de la parte posterior, que contaba aún con el lujo de ese patio y un árbol creciendo junto al muro de la pared de la derecha, que daba sombra a una de las dos oficinas del fondo donde, más adelante, se instalaría el equipo ampliado de editores de la revista y los libros: Alberto Vital Díaz, Fernando Solana Olivares, José Martínez Torres y yo misma. A mano izquierda, unas escaleras conducían a dos estancias donde se encontraba, en la parte superior, la oficina de Manuel Núñez Nava. Después de unos años, el patio y esos sitios de trabajo en la parte posterior del edificio desaparecerían para dar lugar a un espacio que cumpliría las funciones de extensión de la galería de exposiciones y sala de conferencias y presentaciones de libros.

Poco después de atravesar por primera vez ese patio blanco y hasta 1984 trabajé como editora en la Dirección. Conocí a muchísimos autores, tanto escritores (poetas, ensayistas, traductores, narradores) como artistas plásticos que fueron invitados a colaborar en la revista, como ilustradores. Cada número estaba ilustrado por un artista plástico en exclusiva, lo que constituyó, en aquel momento, una interesante novedad en el plano de las revistas literarias. Menciono sólo a algunos colaboradores, tanto escritores como artistas plásticos, ceramistas, etc., de aquellos años: Juan Tovar, Sandro Cohen, Nelly Keoseyán, Gloria Gervitz, Armando Villagrán, Gustavo Pérez, Héctor Martínez Tamez, José Amezcua, Fernando Ferreira de Loanda, Elena Climent, Enrique Climent, Marco Antonio Montes de Oca, Miguel Ángel Flores, Guillermo Fernández, Jorge Arturo Ojeda, Héctor Perea, Bernardo Ruiz, Humberto Guzmán (ambos, más adelante, serían en diversas épocas directores del Departamento Editorial de la Dirección), Ricardo Pascoe, José Kozar, Enrique Linh... la lista com-



Blanca Luz Pulido y Natalia Rojas



Blanca Luz Pulido y José Martínez Torres

pleta abarcaría varias páginas, y exigiría desenterrar los ejemplares de *Casa del tiempo* de las cajas en las que ahora se encuentran, o que yo volviera a nacer y fuera dueña de una memoria impecable y abarcadora.

El contacto con todos estos autores, y la amistad que surgió entre los que hacíamos la revista y los libros: Manuel, Fernando, Alberto, José y yo, marcaron para mí no sólo el principio de mi aprendizaje como editora sino la posibilidad de descubrir lecturas no previstas, así como formas de ser y de trabajar nuevas que me acompañan desde entonces. Y hubo otras consecuencias más profundas en mi vida: en 1982 nos casamos Pepe y yo. Cuatro años después nos divorciamos, en 1986, cuando ya ambos (y el resto de nuestro grupo también) habíamos dejado de trabajar en la UAM.

Pero volviendo a los primeros años de *Casa del tiempo*, hay algo que sí es seguro: me dejaron, sobre todo, el conocimiento de que trabajar en equipo con un fin común es algo intenso y hasta emocionante: todos estábamos interesados en entregar al público ediciones bien cuidadas, propuestas provocativas y a la vez serias, suplementos literarios de primer nivel, como los que preparaba Carlos Montemayor.

El equipo de editores trabajaba codo a codo con la diseñadora, Natalia Rojas, Naty, responsable de la imagen gráfica de todas las publicaciones de la Dirección. Fermín Suárez era su ayudante o “peistopista”, en aquellas épocas predigitales: la tipografía de las planas de la revista (y de los libros también) se realizaba ¡por fotocomposición!, y cada error o errata que encontrábamos en las lecturas debíamos marcarlo en una –camisa– de papel de china que se colocaba sobre cada una de las hojas de la delicadísima tipografía que no debía maltratarse, fijándose con un durex en la parte posterior de cada hoja. En esa hoja de papel de china se realizaban las marcas tipográficas para señalar los errores que el tipógrafo debía repetir y Fermín pegar (*paste up*, en inglés; de ahí el nombre de su función en español) en las páginas ya diseñadas de la revista o de los libros. A veces, las correcciones más pequeñas, volátiles rectángulitos sobre una o dos palabras, que llegaban después y cuyo lugar se buscaba siguiendo las anotaciones hechas en las “camisas”, se despegaban durante el trasiego de las páginas... eran tiempos heroicos. Y siempre podíamos aducir, cuando surgía algún

error que debíamos haber visto: “la corrección debió haberse caído, ¡yo sí la marqué!”, porque eso era algo que efectivamente ocurría en algunas ocasiones.

Con frecuencia, invitábamos a colaboradores a tomar un café en la esquina, de Medellín y Puebla, donde las puertas de un desaparecido *Tomboy* (hasta la misma cadena ha desaparecido ya) nos vieron entrar a todos en frecuentísimas ocasiones.

Hoy, gracias a la constancia y empeño de la UAM, ese proyecto permanece, transformado: la colección Molinos de Viento continúa, con importantes títulos publicados a lo largo de tres décadas, así como una *Casa del tiempo* que ha navegado por épocas y ciclos con varia fortuna, pero que lleva y llevará siempre una huella, en su nombre y en su historia, de aquellos primeros números y de los principales responsables de su creación misma: Carlos Montemayor y Manuel Núñez Nava. Entre paréntesis, aún está pendiente la tarea de rescatar la gran labor de Manuel como traductor de poesía. Su versión al español del gran poema “La ciudad”, de Constantino Cavafis, por ejemplo, es insuperable. Esa y muchas otras huellas de ese tiempo, a pesar de ires y venires, no se desvanecen. Ahora que tanto Manuel Núñez Nava como Carlos Montemayor han muerto, ambos antes de lo que se esperaba, la renovada sensación de ser un sobreviviente se incorpora a mis recuerdos de esos años. Las lecciones de Manuel Núñez Nava, los regaños que en ocasiones nos daba cuando descuidábamos algún aspecto de la corrección tipográfica (para varios, no sólo para mí, era nuestro primer trabajo en ediciones), me hicieron advertir que a cada pasión corresponden varias obligaciones, y que no hay placer que no implique riesgos. El placer de trabajar con escritores, por ejemplo, conlleva el riesgo de que muchos de ellos protesten por la menor corrección o sugerencia de editores o correctores. Cuando trabajé en el Fondo de Cultura Económica, esa primera impresión que tuve durante mis años en la UAM se vio plenamente confirmada.

Pasado y presente confluyen hoy aquí, en esta edición que celebra los treinta años de edad de *Casa del tiempo*. Enhorabuena, y a seguir atravesando estaciones y corrientes. ■■